



À MI MADRE EN SUS DIAS

Madre del alma, mi dulce Madre,
Pronto en Oriente va á despuntar
La alegre aurora de un fausto día,
La bella aurora de tu natal.

Y en vez tan grata ¿qué podré darte
A tú, mi tierno, mi santo amor?....
Benigna acoge, Madre adorada,
Como una ofrenda mi corazón.

Es el tributo que te consagra
Mi ardiente afecto, mi amor filial,
Y que tú sabes pagar con creces
Porque es tu pecho todo bondad.

Tú, que infundiste, cuando era niño,
En mi alma el santo temor de Dios;
Que por tu mano, su augusto nombre
Lleva grabado mi corazón.

Tú que en la triste, penosa vida
Eres el iris de dicha y paz,

A cuyo influjo se calma luego
De mis pesares la tempestad.

Tú que me impartes sombra y abrigo,
Tú en quien encuentro luz y calor,
Tú que conviertes en alegrías
Las negras penas del corazón.

¿Qué de mí fuera—¡desventurado!—
Si me llegases, Madre, á faltar?
Fuera en el mundo, bajel deshecho
Que en la borrasca se traga el mar.

¡Jamás te pierda! Siempre tu vida
Que guarde pródigo, pido al Señor,
En la que se alza plegaria humilde
De lo más hondo del corazón.

A LA LUNA

[A mi estimado amigo Tomás Lozano.]

Modesta reina de la noche umbría,
Astro de dicha, manantial de amores,
Llegue á tí el eco de la lira mía
Suave como el aroma de las flores.

Perdona si un momento
Puede mi triste acento
Ir á turbar en la celeste esfera
Tu silenciosa—y rápida carrera.

Cuando al morir de la callada tarde
En Oriente apareces, blanca luna,
Derramando tu luz esa tristeza
Tan grata que atesora,
Renacen mi esperanza
Y afectos mil dulcísimos que ahora
Mi torpe labio á describir no alcanza.

Me trae tu luz hermosa
Gratos recuerdos de una edad dichosa
De inocencia feliz, de dulce calma
Que huyó llevando mi fugaz encanto,
Dejándome en los ojos triste llanto
Y profundos pesares en el alma.
Que todo es en la vida
Pasajera ilusión, dicha mentada;
Todo es como ese fuego
Que nace en el pantano,

Brilla un instante y desaparece luego.
Así en un tiempo se ostentó Palmira
Feliz y poderosa.
Y hoy donde estuvo la ciudad hermosa
Ruinas y estragos el viajero mira.

Mas tú, luna, apareces
En la callada y solitaria noche;
Y desde que lanzó el Omnipotente
A recorrer el anchuroso cielo,
Ruedas constantemente
Enviándole tu luz benigna al suelo.
En veloz sucesión huirán los días,
No existirán ni las cenizas mías
Y tú continuarás en tu carrera
Hermosa siempre cual la vez primera.

El marino infeliz que en frágil barca
Cruzando va por el Océano ignoto
Se inunda de ventura
Si tras la noche oscura
En que luchó con el rigor del Noto,
Ve lucir en Oriente
La estrella matutina refulgente.
También al ir cruzando
Por el mar borrascoso de la vida
Siento volver á el alma
La paz, la dulce calma
Cuando miro tu luz apetecida.
Y recobra mi pecho la alegría
Cual flor que mustia por el fuego ardiente
Del sol, alza la frente
Y torna á recobrar su lozanía.

Si recibe las linfas que le envía
La bienhechora fuente.

¡Oh reina de los astros, bella luna,
Que con tu grata luz me estás bañando!
Tú, que mecer mi cuna
Viste al céfiro blando
En los valles amenos del Atlixco;
Tú que alumbraste con luciente disco
De mi infancia la edad, que huyó ligera
Cual nube pasajera
Que no bien te ha eclipsado
Y ya se pierde en el Olimpo inmenso;
Tú, en fin, que ves ahora
El acerbo dolor que me devora;
Cuando tras rudo padecer sucumba
Al golpe de la muerte,
Y libre el alma, la materia inerte
Llegue á dormir el sueño de la tumba;
Entonces ¡luna hermosa!
Al subir por el vasto firmamento
Para, y manda un momento
Un rayo de tu luz esplendorosa
A mi ignorada y solitaria fosa,
Hasta que venga el día
De las iras del Dios Omnipotente
En que quedes ¡oh luna refulgente!
Rota cual nave en tempestad bravía;
Y en que dejando para siempre el mundo,
Con júbilo profundo
Pueda yo remontarme en rauda vuelo
A la mansión del perennial consuelo!

Julio de 1864.

LA VIDA HUMANA

(A mi querido tío el Sr. D. Manuel Pérez
Salazar y Venegas.)

SONETO

Despunta alegre la risueña aurora
En el hermoso y sonrosado Oriente,
Y nace el claro sol que refulgente
La cumbre apenas de los montes dora.

Pasa luego veloz hora tras hora
Y vibra en el zenit su rayo ardiente;
Mas presto declinando al Occidente
Muere entre nubes que su luz colora.

Esta es la vida; con tenaz empeño
Detener el mortal intenta en vano
Del tiempo la carrera presurosa:

Que es la triste existencia fugaz sueño
Del cual al despertar se halla el humano
Tocando el borde de la abierta fosa.

1866.

A LA PATRIA

EN EL ANIVERSARIO DE SU INDEPENDENCIA

Mi alma se agita. El entusiasmo ardiente
Hace mi pecho palpitar. El gozo
Mis sentidos embarga, y en mi mente
Se enciende abrasadora
Del estro sacro la divina llama.
Todo contento en mi redor respira;
Dadme, y qué suene la dorada lira.

Dádmela, sí, que con robusto acento
Quiero un canto elevar de eterna gloria
A esa Patria infeliz, que esclava un día
Arrastró en su dolor cadena impía.

A esa Patria que virgen é inocente
Gozaba de riqueza y de ventura
Cuando un conquistador osado y fiero
La sumergió en pesar y en amargura.

Quando un conquistador pisó sus playas,
Y en sangrientos combates
La regó con la sangre de sus hijos,
Y sus campiñas fértiles talando
Y sus ciudades de pavor llenando
La esclavizó entre males tan prolijos.
¡Oh que cuadro tan triste presentaba!
Por su extensión al revolver los ojos
Mirábase doquier ruina y estrago,
Mirábanse doquier yertos despojos.

Mas si contraria se mostró la suerte
 A tus hijos, la muerte
 No arredraba su arrojo sin segundo,
 Que defender su libertad quisieron,
 Y millares, luchando, perecieron.
 Ejemplos dando de valor al mundo.

Tal juzgo ver al bravo Guatemótzin
 Lleno de intrepidez y bizzarria,
 Que se apresta á la lid, y en la pelea
 Su refulgente dardo centellea
 Cual en la esfera el luminar del día.

El golpe rudo de su brazo fuerte
 Al audaz enemigo da la muerte.
 Mas ¡ay! que negra estrella, su destino
 Alumbra, y prisionero
 Queda en la lucha fiera,
 Y el feroz vencedor con vil encono
 Le arrebató su trono
 Para asentarle sobre roja hoguera.

Por tres centurias de opresión y duelo
 El llanto corre por tu faz hermosa,
 Y sin hallar en el dolor consuelo
 En vano ¡Patria! vuelves afanosa
 Tus bellos ojos implorando al cielo.

Que hora tras hora trascurriendo lenta,
 Sin que tu yugo á quebrantar alcances,
 Tu esclavitud y tu penar se aumenta...

Dolióse, al fin, de tu ominosa suerte
 Un animoso y venerable anciano,

Y la espada empuñó con fuerte mano
 Dando la voz de "Independencia ó muerte."
 Y se arroja á la lid, y valerosos
 Se lanzan presurosos
 Mil guerreros tras él. Mirad á Allende!
 En patrio amor se enciende,
 Y airado blande el refulgente acero,
 Y Abasolo también, y el bravo Aldama
 Y otros inclitos héroes, cuya fama
 Y renombre será imperecedero.

Mas no brillaba aún en tu horizonte
 ¡Patria! de libertad el claro día,
 Y en el suplicio mueren
 Al duro influjo de la suerte impia
 Tus bravos defensorés; mas al punto
 Otros nuevos se aprestan á la lucha
 Y con bélico ardor por tí combaten
 Y el fiero orgullo del hispano abaten.
 Y Morelos allí! Preclaro nombre,
 Que pronuncian mis labios con respeto,
 Y que aterraba al español tirano,
 Allí entre el humo del cañón le miro
 Reluchar con esfuerzo sobrehumano,
 Y después exhalar noble y valiente
 En el cadalso el postrimer suspiro...

Así como aparece un rutilante
 Lucero esplendoroso, que ilumina
 Con su fulgor la tierra, y que al instante
 Se oculta entre las nubes,
 Así brilla también, y así se ofusca
 El valeroso y denodado Mina.

Entregada al pesar que te devora
Nubla tus ojos el copioso llanto,
Y miro ¡Patria! á cada nueva aurora
Tu dolor acrecer y tu quebranto.

Hasta que al fin en venturoso día,
Ardiendo en sed de libertad y gloria,
Aparece Iturbide, y la Victoria
Por doquiera que va, sus pasos guía.
Y una vez y otras cien en su camino
Arrojado y valiente

De glorioso laurel ciñe su frente.
Y á su par, el intrépido Guerrero
Que del Sur en las ásperas montañas
Encendido conserva el fuego santo
De la ígnea libertad; también combate
Por romper de la Patria el fiero yugo.

Por fin, al cielo plugo

Mirarte compasivo

¡Patria! y de tí las penas

Aleja, y el dolor; y tus cadenas
Rotas al fin, con gozo placentero,
Orgullosa y feliz la frente alzando,
Libre te muestras ante el mundo entero.

* * *

“¡Salve, Patria de libres!” ¡Patria mía!
El bardo canta en su entusiasmo ardiente.

“¡Salve!” la selva umbría

Repite, y la montaña y el torrente.
Y la voz “¡Salve!” de armonía llena
Veloz traspasa el férvido Océano,
Y de Europa en los ámbitos resuena.

15 de Septiembre 1867.

EN UNA VELADA LITERARIA

Los acordados sonos de mi lira
Quiero que rompan el sonoro viento,
Porque el númen me inspira,
Le da fuerza á mi voz, me da su aliento.

Quiero que se alce mi robusto acento
Lleno de majestad y de armonía,
Y siendo digno del laúd de Apolo,
Que resuene del uno al otro polo.

Cuando de Dios la mano poderosa
Al hombre crió de la infecunda nada,
Puso en su corazón el ansia ardiente
Del saber, y en su creadora mente
Un rayo de su luz esplendorosa.

Por eso el hombre con vehemente anhelo
Descubre de la ciencia el hondo arcano;
Por eso el hombre se remonta al cielo
En su rápido vuelo,
Y penetra en el férvido Océano.

Ved á Colón. Su nombre esclarecido
Circuado está de refulgente gloria,
Y nunca el negro olvido
Podrá robarlo á la divina historia.

Ved á Colón. No obstante del obscuro
Tiempo de la ignorancia en que vivía

Del saber inmortal destello puro
Ilumina su ardiente fantasía.

Oye á la ciencia que le dice: "Marcha,
Cruza esforzado el piélagó profundo,
Y más allá de sus revueltas ondas
Bello y feliz encontrarás un mundo."

Y al mar se lanza en frágil carabela,
Y lo surca entre riesgos y borrascas,
Dejando tras de sí luciente estela.

Y al fin, desde la popa
Con placer sin igual exclama: "¡Tierra!"
Y un continente que en su seno encierra
Oro y beldad, ofrécele á la Europa.

Mirad á Cook ; insigne navegante!
En las aguas del piélagó inconstante
Con heroico valor pone la vida;
Pero luce para él clara su estrella,
Y llega á descubrir una isla bella,
En las algas del mar perla escondida.

Espléndida aureola
Brilla en la noble sien de Galileo,
Del sabio ilustre que del genio en alas
Se remonta hasta el globo giganteo
Del rutilante sol, y observa atento
Que fijo está sobre su inmoble asiento.
Copérnico también, del sol fecundo
El reposo mirando,
Siente bajo sus pies rodar el mundo.

Siempre pronuncie con respeto el labio
De Fulton inmortal el claro nombre;
Su eterna gratitud le debe el hombre,
Y negársela fuera hacerle agravio.

Pues ya no espera más el navegante
Para poder dar cima á su camino,
Que en las aguas la brisa se levante
Y que hinche al fin el desenvuelto lino.

Contrario el viento soplará ya en vano,
Que en su tranquila calma ó cuando ruge,
Marcha sin descansar gentil navío,
Y del vapor al poderoso empuje
Lleno de majestad hiende el Océano.

Tornad la vista y contemplad al sabio,
Al ilustrado Buffon que constante
Estudia, descubriendo los secretos
Del águila caudal al chupa-mirto,
Del insecto invisible al elefante.

Y Jenner vivirá mientras que viva
La humanidad y en tanto que la tierra
La bienhechora luz del sol reciba.

Que del fecundo labio
De tan ilustre sabio
Brotara al mundo la salud un día;
Y halla su salvación en la vacuna

Aquel que desgraciado
Herido de viruela antes gemía.

Ya la joven gentil de faz graciosa,
De tersa cútis de jazmín y rosa
No temerá que la viruela impura
Marchite su hermosura

Grabando para siempre en su faz bella,
En su faz celestial horrible huella.

Ya tan fiera dolencia, de quebranto
No el pecho inundará de tierna madre
Robando de su amor al dulce encanto.

Por eso se levanta por doquiera
Un altar para Jenner, y entre tanto
La humanidad entera
Llena de gratitud le entona un canto.

Y tú, Franklin ilustre, con anhelo
Te entregas á la ciencia
Y es dado á tu sublime inteligencia
El rayo matador robarle al cielo.

Te debió respetar la muerte impía!
Mas pues que duermes en la tumba fría,
Escucha desde allí mi acento rudo,
Que entusiasta te admiro y te saludo.

Y á vosotros también mi humilde labio
Saluda reverente,
De ilustres vates pléyade luciente.

A vosotros también...¿Quién no se agita
De entusiasmo sincero
Al escuchar los nombres
De Píndaro y Homero?

¿Quién podrá resistir á los encantos
De la grata y tiernísima poesía,
Con que infunden tristeza ó alegría
De Carpio y Calderón los dulces cantos?

Del Niágara el cantor pulsa la lira
Y admiración inspira:
Su acento sonoro

Traspassando los mares,
De México la hermosa
Aun resuena en los bosques seculares.

* * *

Qué ¿no palpita de indecible gozo
¡Oh noble juventud! tu pecho ardiente
Al contemplar los nombres de los sabios
Circundados de gloria indeficiente?

Sí, ¿no es verdad que llena de alborozo
En esa tu feliz edad temprana
Le consagras la flor de la existencia
Al saber inmortal, que es él tu guía,
Y que afán sientes de alcanzar un día
El lauro inmarcesible de la ciencia?

“¡Adelante!” decid ¡oh compañeros!
Vuestro es el porvenir. La patria tiene
Puestos en vos sus apacibles ojos.

Ved que se os tornarán en placenteros
Los momentos que hoy son de sinsabores,
Y si encontráis en el estudio abrojos,
Muy pronto á vuestros pies brotarán flores.

No desmayéis en vuestra noble empresa
Que acaso de laurel ciñáis la frente

Un venturoso día,
Entonces miraréis con alegría
Que vive vuestro nombre eternamente,
Siendo el orgullo de la patria mía.

Diciembre 10 de 1868.

LAS ILUSIONES

[A Tirso R. Córdoba.]

SONETO

Lucen gallardas en Abril las flores
Esmaltando vistosas la pradera,
Mas al pasar la alegre primavera
Se marchitan del cierzo á los rigores.

Del sol á los espléndidos fulgores
Todo es luz y colores por doquiera;
Mas al morir su claridad postrera,
Llega la obscuridad con sus horrores.

Así también en la existencia un día
Ilusiones de mágica hermosura
Pueblan la ardiente, loca fantasía.

Mas al pasar los juveniles años,
Se disipan los sueños de ventura
Al soplo de los tristes desengaños.

EN UNAS BODAS

Sagrada musa que mi mente inflamas
Del astro sacro con el fuego ardiente,
Ven, y tu grata inspiración siguiendo
Suene mi lira.

Suene, y su tierno y sonoro canto
Lleven las áuras en su raudo giro,
Y el mundo sepa la inefable dicha
De los esposos.

De los esposos que al altar se acercan
De amor sintiendo inextinguible llama,
Para escuchar de su cariño eterno
Mútua promesa.

Tras larga espera y afanar constante,
Se colma al fin su venturoso anhelo,
Al ver brillar la luminosa antorcha
Del Himeneo.

¡Nunca una nube de pesar ofusque
El claro cielo de su tierna dicha!
¡Siempre el Amor que encadenó sus almas
Su hogar presida!

ANACREÓNTICA

Durmiendo estaba la niña
 En la margen del arroyo,
 Disfrutando de la sombra
 De erguido, lozano chopo.
 Cuando el Amor que vagaba
 A ese tiempo por el soto,
 De la zagala observando
 El apacible reposo,
 Se fué acercando, y muy quedo
 En su infantil alborozo,
 Le puso en la blanca espalda
 La aljaba con flechas de oro.

Despertóse la pastora,
 Y mirando al niño hermoso,
 Arrojándole las armas,
 Le dijo con dulce enojo:
 "¿Para qué quiero tus flechas,
 Si me basta con mis ojos?"

EN EL ALBUM

DE MI AMADA TIA LA SRITA. SOLEDAD PÉREZ
 SALAZAR

Allá en lo más recóndito
 De la floresta umbría,
 Al despuntar un día
 Del apacible Abril,
 Regada por la diáfana
 Corriente cristalina,
 Hermosa y peregrina
 Nació una flor gentil.

Era una fresca y cándida
 Purísima azucena,
 Que de fragancia llena
 Sus pétalos abrió.

Miróla el blando céfiro
 Y de ella enamorado,
 Al punto con agrado
 Juróle eterno amor.

Y con afán solícito,
 Cautivo entre sus hojas
 Solía sus congojas
 Amante suspirar.

La flor sensible y tímida
 De tanto amor gozosa,
 Alzaba venturosa
 La frente virginal.

Mas ¡ay! que luego pérfido
 El céfiro inconstante,
 Por otras, á la amante
 Flor bella abandonó.

Entonces triste y pálida
 Llorando su honda pena,
 La púdica azucena
 De amor al fin murió.

EN LA PLAYA

[TRADUCCIÓN LIBRE DEL ITALIANO]

La noche se aproxima,
 Desciende á la ribera,
 La brisa placentera
 Tu sien refrescará.

Ven y gocemos juntos
 Del aura la dulzura,
 Del aura grata y pura
 Que va rizando el mar.

Dejando el verde prado,
 Donde reina contigo la alegría,
 Baja á la playa, que á morir va el día,
 Y tu amante te espera alborozado.

Al extender la noche el negro velo
 Verás sobre las aguas las estrellas
 Retratarse más fúlgidas y bellas,

Y por la mar undosa
 Vibrar el rayo de la luna hermosa!

Al són de blanda lira,
 De los tiernos pastores
 Te cantaré los cándidos amores,
 O el afecto que al alma el tuyo inspira.

En tanto, con anhelo,
 Tú la flexible caña y el anzuelo
 Arrojarás al mar, y si en el prado

Eres gentil pastora,
 En la playa serás la pescadora.

Las algas del peñasco
Dejando, amada mía,
Los peces, á porfía
Tus redes buscarán.

Y las ninfas que guardan
Los fúlgidos cristales,
De perlas y corales
Tu seno colmarán.

A LUCILA

SONETO

¿Viste, Lucila, en la floresta umbrosa
En el primer albor de la mañana,
Entre las flores elevarse ufana
Fresca y purpúrea la naciente rosa?

Osténtase gallarda y olorosa;
Mas ¡ay! en vano por vivir se afana,
Porque del sol la lumbre meridiana
Agostará la flor gentil y hermosa.

De la dicha también la flor un día
Mi vida embalsamando con su esencia
Mecida del amor bella crecía;

Más los negros pesares sin clemencia,
Mi corazón colmando de amargura,
Marchitaron la flor de mi ventura.

En el álbum de las señoritas ❖❖❖

Era un verjel donde variadas flores
Al beso de las auras se mecían,
Y sus virgíneos cálices abrian,
Espanciendo suavísimos olores.

Mas se alzaban entre ellas
Tres flores aclamadas por más bellas:
Una violeta de fragancia llena,
Pura como la luz del claro día
Y grata mucho más que la serena
Faz de la reina de la noche umbría.

Una rosa odorante y purpurina
Galana y seductora,
Que en su seno guardaba peregrina
Las fecundantes perlas de la aurora.
Una azucena cándida y hermosa,
Que perfumaba el apacible ambiente,
Alzaba al cielo su amorosa frente,
Entre las otras descollando airosa.
Y era también pintada mariposa
Que en torno de las flores revolando,
Absorta su belleza contemplando;

“Flores lindas, lozanas,
“Que de aqueste pensil sois soberanas.
—Así una vez las dijo temerosa—
“No me atrevo á anhelar el don preciado
“De vuestro amor; mas si gozar me es dado
“Vuestra dulce amistad, seré dichosa.”

Vosotras sois, ¡oh niñas hechiceras!
De ojos de fuego y de gentil cintura,
Que radiantes de gracia y hermosura,
Llenas estáis de encantos seductores;
Vosotras sois las peregrinas flores.

Y yo, como la tímida
Mariposa, también digo gozoso:
¿A quién vuestra amistad no hará dichoso?

Octubre de 1867.